



Roberto Dalenz y Anna Cultrera entrelazan sus corazones en el altar, a su lado aparece el señor Gino Forgnone. Archivo: María Grazia Dalenz, 2006.



Anna, a la izquierda y de pie, posa junto a sus hijos y los miembros de la nunciatura. Archivo: María Grazia Dalenz 2006.

ANNA CULTRERA; LA DAMA DE LA AYUDA SOCIAL

Cuando Anna llegó a Bolivia era tan sólo una jovencita simpática, de sonrisa fácil y mirada aguda que se desvivía por descifrar la extraña pero a la vez atractiva silueta de los cerros paceños. Su espíritu inquieto comulgaba a cabalidad con la ansiedad y el entusiasmo desbordante que imprimían sus años juveniles. Sin embargo, Anna sabía guardar las apariencias cuando las circunstancias así lo exigían, después de todo era la hija del nuevo embajador italiano y ella era conciente de la tarea importante que debía cumplir su padre en esta urbe de riscos accidentados y hondonadas profundas. Por su parte, Alessandro Cultrera trajo desde Italia la misión específica de rehabilitar las relaciones diplomáticas entre su país y Bolivia. Relaciones, por cierto, fracturadas a raíz del tormentoso conflicto bélico que instauró en el planeta la Segunda Guerra Mundial. Una vez acomodada en la residencia de la plaza Avaroa, la familia de Anna empezó a relacionarse con la camarería y trato delicado que dispensaba el cuerpo diplomático acreditado en La Paz. Las fiestas y banquetes eran pan de cada día y la joven siciliana no perdía la oportunidad para encontrar nuevas amistades. Así, entre vinos exquisitos y canapés apetecidos, la hija del embajador Cultrera adquirió significación social en ese medio y la afabilidad que irradiaba su carácter comenzó a cautivar a propios y extraños. Y fue, precisamente en una de estas recepciones sociales, donde conoció la figura cultivada del ingeniero Roberto Dalenz. La atracción entre ambos jóvenes fue inmediata y más pronto de lo pensado la italiana traspasó el umbral de la iglesia vestida de novia. Anna y Roberto congeniaron desde el principio y sólo la sombra inevitable de la muerte pudo separarlos. Claro, después de haber compartido 53 años de matrimonio y criar, nada menos, ocho hijos: Rafael, María Grazia, Isabel, Alfredo, Roberto, Gabriela, Patricia y Ana María.

Criada bajo los principios elementales del hogar italiano, Anna se encargó de difundir en todos sus hijos el amor por las cosas esenciales de la vida.

—Como buena italiana pienso que todo gira en torno al amor y que los conceptos de tradición y familia son la base del éxito para que la vida esté adornada de todo este arte que por tradición nos pertenece— apuntaba segura de sus palabras cuando tuvo la oportunidad de ser entrevistada por un medio escrito local¹.

Pero Anna Cultrera tenía más cartas bajo la mesa. La sensibilidad y cariño de su corazón se esparcían más allá de las paredes de su hogar y cada vez que sentía la necesidad de ayudar a alguien, no había medio o persona que se lo impidiese. Es más, desde que puso los pies sobre suelo boliviano pudo palpar con la fragilidad de sus manos consentidas la miseria en la que se debatían cientos de personas. Sin perder más tiempo, la joven siciliana se inscribió a la Asociación de Damas Italianas y ocupó las funciones de Secretaria de Actas. Más

¹ Elsa Dorado, *Anna Cultrera de Dalenz. Digna representante de la alta expresión artística y humanística de Italia*, (La Paz) Suplemento Femenina, El Diario, 28 de marzo de 2002.

tarde, y como Presidenta del Comité de esa institución benéfica, haría entrega de una serie de donaciones importantes al Hospital de Clínicas. Durante su gestión se construyó el "Pabellón Italia" y se aprovechó la ocasión para donar 40 camas; equipos de diagnóstico con rayos X y un número significativo de implementos para laboratorio.

Anna prefiguraba un mundo menos hostil para los niños de Bolivia, es por eso que en 1968 fundó la Asociación de Damas pro Niños Desamparados. Ella, junto a un grupo generoso de mujeres voluntarias, sabía de las graves falencias que padecía la salud y sobretodo la educación infantil, entonces, ágil y comedida como solía ser, decidió contribuir a los estudiantes de escasos recursos con becas de estudio. Pero la señora de Dalenz tenía un espíritu vigoroso e inquieto, y no podía quedarse con los brazos cruzados viendo como la gente necesitada aprovechaba su ayuda y colaboración desinteresada. También tendría participación activa en otros escenarios. Por ello, su presencia no fue menos importante dentro de la Asociación de Damas Diplomáticas y Extranjeras. Allí trabajó arduamente y, como no podía ser de otra manera, ocupó el cargo de presidenta. Así mismo, es necesario recordar que estuvo al mando de la Asociación Banco de Sillas de Ruedas (BANDESIR).

Anna no cesó nunca de andar en su marcha generosa por la vida. Ella sonreía constantemente y le gustaba contagiar esa sonrisa a los demás. El gobierno italiano, enterado de la labor altruista que cumplía, le otorgó la condecoración de la Orden de la Estrella de la Solidaridad Italiana en el grado de Cavaliere. Por su parte, la Asociación Cristiana Femenina de La Paz le hizo entrega de un diploma al mérito por su extenso trabajo de voluntariado en los campos social y cultural.

Ahora, Anna descansa junto a su marido después de haber cumplido decorosamente con su proyecto de vida.